

Vicente Gerbasi

El fulgor y el silencio

Nelson Tepedino L.

**"Comprendí que el mundo todo era un secreto:
un maravilloso y dolorido secreto..."**

"...y mi corazón se hizo entonces del tamaño del mundo"

Vicente Gerbasi



Hablar de Vicente Gerbasi parece una temeridad. Primero, porque es mucho lo que se ha escrito sobre este gran poeta venezolano. Segundo, porque hay siempre algo de fatuo en querer escribir "sobre" la poesía. En el intento se puede traicionar la densidad y el misterio de toda palabra poética, podemos ceder a la tentación de "atraparla" en la red de nuestro discurso y creer, para colmo de males, que hemos fijado su sentido, dicho lo que "el autor quería decir". Y ya sabemos que eso sólo es posible en la poesía misma. Más aún, que sólo con el concurso de los lectores puede la poesía "decir algo".

Sin embargo, voy a escribir sobre Vicente Gerbasi. Porque, a sus 77 años, nos vuelve a sorprender con "Iniciación en la Intemperie", su nuevo libro de poemas editado recientemente por Monte Avila. Creo que en él se encierra, decantado con mucho silencio, todo el universo que desde sus primeros trabajos obsesiona al autor de "Mi Padre el Inmigrante".

En este breve artículo intentaré recoger aquello que, como lector, he aprendido en el diálogo callado con la poesía de Gerbasi. Abordaré las constantes que he sentido como más significativas y me referiré, finalmente, a su último trabajo.

EL FULGOR EN LOS OJOS

Se ha repetido hasta la saciedad que Gerbasi es un poeta eminentemente sensorial. Basta abrir sus poemarios para que podamos ver y casi tocar el Cosmos. El Universo hecho luz, plantas, aguas y casas de Canoabo o de alguna remota aldea del Mediterráneo. El mismo poeta puede describir con justicia su mirada:

*"Hay fulgores de piedras preciosas
en mis ojos" (1).*

Gerbasi es una especie de hechicero que transmuta el mundo con su verbo. O que más bien pronuncia palabras, a manera de sortilegios, que desvelan el "secreto del mundo", su realidad más profunda, la que subyace dentro de las cosas y los hombres, la que nos invita a darnos cuenta de "...que todo esto es una pequeña fruta / prendida a la luz de un infinito árbol de milagros..." (2).

Este deslumbramiento maravilloso es, en el sentido zubiriano de la palabra, religioso. El poeta, en medio del mundo, se siente *re-ligado* al fundamento último de lo real, esto es, a Dios, quien, para él, "...resplandece a través del arcoiris..." (3). La faz solar de sus poemas viene de esa captación de lo sagrado en la tierra y en los hombres:

*"Para ser luminoso ante ti, como lo soy,
he visto en mí tu creación..." (4).*

He aquí una lección esencial de esa sencilla cosa que es la poesía: la tierra, el mundo, los hombres, son sagrados, misteriosos. El poeta verdadero, como Gerbasi, es capaz de *ver* la realidad como algo digno no sólo de respeto, sino de reverencia. No hace falta ser "creyente" para vivir esto. Se trata, primariamente, de ser fiel a nuestro justo lugar humano en la realidad. Si *viéramos*, es bastante probable que nuestra historia fuera distinta. Quizá frenaríamos el afán destructivo que, por la ganancia, está profanando a nuestra tierra y a nuestros hombres. Ya en 1940 el poeta veía hombres que "*quieren olvidar que Dios resplandece a través del arcoiris; / que la brisa en las calles tumultuosas, / es un recuerdo de las flautas escondidas en los bosques.*" (5).

Después de leer a Gerbasi, no podemos dejar de tocar el mundo sin sentir que, de alguna manera, tocamos a Dios.

LA TRISTEZA Y LA SOLEDAD

El mundo (Canoabo, Italia, Jerusalén...) es un "espacio cálido" y solar, luminoso. Pero también una intemperie. Y así como al día sigue la noche, Gerbasi tiene también su faz nocturna.

Hay una tristeza muy profunda que atraviesa toda la obra de Gerbasi. Una presencia de la muerte como noche final: "Venimos de la noche y hacia la noche vamos." (6). Una gran melancolía que subyace, soportándola, a nuestra alegría y a nuestro asombro:

*"De tristeza estamos hechos, pero de pronto la
alegría vence!
a la muerte y aparece la danza con cabeza de
venado..."*]

*"El hombre danza con cabeza de venado en torno
a su propia muerte"] (7).*

La muerte, ese oscuro destino que nos aguarda al final de nuestro viaje, es una de las preocupaciones constantes de nuestro autor. La muerte despierta la nostalgia por la vida del mundo, tan palpable y querida para el poeta. Es una suerte de melancolía constitucional del hombre, tan nuestra como el asombro y la alegría.

La tristeza es así la otra cara de la actitud religiosa ante la realidad. Es una reverencia melancólica y callada, capaz de colocarnos, ante el dolor del mundo, en nuestra propia piel, más allá de toda hinchazón, de todo prometeísmo desmedido. Es una tristeza de la que quizás escapamos sin saberlo al huir del silencio del Cosmos. Por eso, el poeta nos invita a implorar por ella:

*"Haz grande mi tristeza,
misterio de la noche!" (8).*

EL SILENCIO Y LA INTEMPERIE

Rafael Cadenas, en una reciente conferencia, anotaba que la poesía de Gerbasi está llena de silencio. Si bien esta idea es válida para toda la obra del autor que nos ocupa, es mucho más patente en "Iniciación en la Intemperie".

En ese conciso trabajo está el Gerbasi de siempre, el que se prefiguró en poemarios como "Bosque Doliente" o "Los Espacios Cálidos", sólo que los años vividos han decantado su palabra, la han convertido en una poderosa invocación capaz de conjurar toda la densidad del silencio que es posible escuchar en el mundo.

La realidad, ese radiante espacio para los sentidos, siempre vivo en Gerbasi, es ahora una Intemperie, un gran silencio que se escucha mejor porque se ha vivido más. La tristeza por el dolor del mundo (bello, sí, pero también sufriente) y la nostalgia por la infancia son ahora mayores, desde esa cima de lucidez y soledad que es la vejez del poeta. "De mi gente / sólo quedan algunos resplandores / en lagunas oscuras." (9).

"Iniciación en la Intemperie" es así una gran invocación al silencio, al "sonido del cielo":

*"Te busco en los sonidos
del misterio
donde me esperan los ángeles.
Voy por el sendero de los sauces.
Ahí suena el cielo
en la intemperie." (10).*

Para nuestra sorpresa, pues, estamos en presencia de un contemplativo, de un poeta orante, capaz de decir sobre sí mismo "Soy la contemplación / la estrella / en la frente del profeta." (11). En este libro Gerbasi ya es uno con su tierra y su soledad. El breve texto que sigue parece recoger toda la experiencia poética de Gerbasi. Allí están el fulgor de la tierra, la soledad y la tristeza. En él podemos reconocer lo mejor de nosotros mismos:

*"Encadenado a la intemperie
a las palmeras solitarias
a la llanura
rodeada de horizontes
y en sus arcoiris,
me reintegro a mi soledad
en el canto lejano de un ave
triste
sin fin" (12).*

Aquí está, otra vez, el poeta religado al Misterio último del mundo, a su puro silencio, "encadenado a la intemperie" y "a las palmeras solitarias". No puedo dejar de sentir una invitación latente en la poesía de Gerbasi. Un requerimiento urgente. Para algunos de nosotros, habitantes de la ciudad que, en decir de Ramos Sucre, "se atormenta con el afán del oro", es la invitación a contemplar nuestro mundo, a abrir el ámbito de silencio y maravilla que está allí, al alcance de nuestros sentidos, reclamándonos una manera nueva de vivir. Una tarea, creo yo, en la que se juega nuestra salud:

*"Busquemos el paraíso
de nuestra tierra
donde florece el aire
y los árboles dan sombra..." (13).*

NOTAS

- (1) GERBASI, Vicente: *Obra Poética*. Biblioteca Ayacucho, No. 122, Caracas, 1986. Pág. 269.
- (2) Op. Cit., pág. 26.
- (3) Idem.
- (4) Op. Cit., pág. 30.
- (5) Op. Cit., pág. 26.
- (6) Op. Cit., pág. 63.
- (7) Op. Cit., pág. 167.
- (8) Op. Cit., pág. 153.
- (9) GERBASI, Vicente: *Iniciación en la Intemperie*. Monte Avila Editores, Caracas 1990. Pág. 33.
- (10) Op. Cit., pág. 57.
- (11) Op. Cit., pág. 37.
- (12) Op. Cit., pág. 21.
- (13) GERBASI, Vicente: *Los Colores Ocultos*. Monte Avila Editores, Caracas 1985. Pág. 63.